

Sin preocuparse del caso más de lo debido, no se ocultaba á Macaulay la desfavorable influencia que ejercería en la estimación de sus servicios públicos la idea vulgar, «tan lisonjera para la medianía», según él, de que un gran escritor no puede ser un gran administrador; y es posible que ese convencimiento no fuese extraño á su ardorosa defensa del autor de *Ca-tón* contra la desestima de sus servicios como secretario de Estado. Había mucho de común entre su suerte y la del otro célebre articulista que había sido también un estadista whig; y esa semejanza de destinos puede explicar en parte la indulgencia y casi cariño con que analizó el carácter y la obra de Addison. Addison, á su vez, en su *villa* de Chelsea, y más aún en medio de la dorada esclavitud de Holland House, hubiese podido envidiar las horas de recogimiento literario, sobradas para tan rápido lector, que los usos de la vida india permitían disfrutar á Macaulay. «Tengo un jardincito muy lindo (escribe), semejante al de Clapham, pero mayor. Es una buena extensión de césped, rodeada de un paseo enarenado y sembrada de macizos de flores. Ahora, después de las lluvias, está muy hermosa; y me dicen que conserva su verdor durante una gran parte del año. Unos cuantos escalones conducen de mi biblioteca al jardín, donde hay tanta sombra que puede pasearse hasta las diez de la mañana.

»Allí, con el libro en la mano, en bata y zapatillas, pasaría las dos primeras horas desde la salida del sol, que los señores anglo-indios dedican á pasear á caballo, y las señoras anglo-indias á desquitarse de su atraso de sueño durante la bochornosa noche. Todas las mañanas, invariablemente, interrumpía sus estudios la llegada de su sobrinita, que iba á hacer

participes á las cornejas de la tostada que acompañaba á la primera taza de te de su tío: operación durante la cual le costaba á Macaulay mucho trabajo defender á la niña de un enjambre de aves, tamaña cada una casi como ella, que esperaban y se agitaban en torno suyo mientras permanecía en los escalones de la marquesina. Cuando el sol le echaba adentro (lo cual sucedía más pronto de lo que él se imaginaba, antes de que hubiese aprendido por experiencia lo que era la estación calurosa), iba á bañarse y arreglarse, y después á almorzar, combatiendo la influencia enervadora del clima con abundancia de huevos, pez mango, chochas y frecuentemente un beef-steak. «Mi cocinero es renombrado por su habilidad en toda Calcuta. Me presentó testimonios de una larga serie de gastrónomos, y entre ellos uno de lord Dalhousie (1), que le diputaba decididamente por el primer artista de Bengala. Este gran hombre y sus dos ayudantes me cuestan treinta rupias al mes. Puesto que ando á vueltas con el capítulo de boca, diré de una vez todo lo que tengo que decir en la materia. Las frutas tropicales son desdichadas. La mejor de ellas es inferior á nuestro albaricoque ó nuestra grosella. Cuando yo era niño, me figuraba que el regalo más exquisito era comer plátanos ó batatas y beber vino de palma. ¡Cuánto envidiaba á mi padre por haber saboreado esos deleites! Ahora los he saboreado yo, y he visto, como muchos hombres más grandes en ocasiones mucho más importantes, que todo es vanidad. Un plátano es muy parecido á una pera pasada, tan parecido, que apuesto veinte contra uno á que una persona, con los ojos vendados, no advierte la diferencia. La batata es me-

(1) Lord Dalhousie, padre del gobernador general, fué general en jefe de la India durante los años de 1830 y 1831.

por. Es como una patata pasadera. Probé el vino de palma en un pueblecín muy mono próximo á Madrás, donde dormí una noche. Dije al capitán Barron, que siempre había tenido capricho de catar ese licor desde que vi por primera vez, hará cosa de veintiocho ó veintinueve años, la lámina que representa al negro trepando al árbol en Sierra Leona. A la mañana siguiente me despertó un criado con un cuenco bien cumplido de jugo recién extraído del árbol. Le bebí, y me pareció muy semejante á licor de jengibre donde el jengibre se hubiese medido con economía.»

Macaulay tenía que pasar forzosamente fuera de casa los días en que celebraban sesión el consejo supremo ó la comisión legislativa; pero el resto de su trabajo, así jurídico como educativo y literario, le hacía en el reposo de su biblioteca. Alguna que otra mañana se iba en devolver visitas—gasto de tiempo que no hay que decir si haría á remolque.—«Por fortuna, las sencillas gentes de aquí andan demasiado atareadas para estar en casa. Excepto los párrocos, todo el mundo se halla ocupado útilmente en una ú otra parte; de modo que me basta con dejar tarjetas. Pero los reverendos se pasan en casa las horas de calor, muy repantigados, suspirando por el almuerzo, ansiando la merienda y clamando por refresco de limón.» Después del *lunch* se sentaba en compañía de Mrs. Trevelyan para traducirla griego ó leerla francés; y las comedias de Scribe y las *Memorias* de Saint-Simon entretenían aquellas largas y lánguidas tardes de Calcuta, durante las cuales se balanceaba el punka por encima de sus cabezas, é invadía la estancia un aire denso y embalsamado al través de las húmedas esterillas de junco que resguardaban las ventanas. Al acercarse la puesta del sol, con su corres-

pondiente brisa, acompañaba á su hermana en su paseo por las orillas del Hugly; y cuando volvían, ya con estrellas, era muy á menudo para tomar parte en un gran banquete de cuarenta personas, vestidas con toda la elegancia con que cabe vestirse á noventa grados al Oriente de París, aunque todas hubiesen preferido mucho más estarse cómodamente en casa vestidas de muselina ó de mahón, y comiendo su *curry* y bebiendo su cerveza amarga. Macaulay fustiga con vehemencia «esas comidas aparatosas en que se junta toda la tiesura de una recepción cortesana con todo el desorden y todas las incomodidades de un fonducho de á dos chelines. No hay nada más enojoso. Nadie habla sino con la persona de al lado. La conversación es una sarta de insulseces deplorable; y como yo me siento siempre junto á la señora de más alto copete, ó, en otras palabras, la más vieja, la más fea y la más orgullosa, salgo peor librado que todos los demás».

Sin embargo, era un juez de los hombres demasiado penetrante para mirar con desdén el tipo especial de espíritu que produce y alimenta la vida en la India. Cautivábale esa ausencia de pedantería, de afectación y pretensiones, característica de un cuerpo administrativo donde es tan esencial cierta educación, que la existencia de un impertinente es un fenómeno cuya fama se extiende hasta cien millas del lugar donde reside, y á un mentecato se le cita por su nombre en todo el territorio de las tres Presidencias. Macaulay escribe á sus hermanos: «Aquí la mejor manera de tener trato es ceñirse á un círculo reducido. Hay unas cuantas personas cuya amistad aprecio y cuya conversación me agrada: el jefe de la magistratura, Sir Eduardo Ryan, mi antiguo amigo Malkin, Cameron y

Macleod, los miembros de la comisión legislativa; Mac Naghten entre los empleados más viejos de la Compañía, y Mangles, Colvin y Juan Pedro Grant, entre los más jóvenes. Estos, en mi sentir, son la flor de la sociedad de Calcuta, y frecuentemente los convidó á una tranquila comida.»

Todos los viernes se reunían esos pocos elegidos á almorzar con Macaulay, para discutir los progresos que había hecho en sus trabajos la comisión legislativa; y cada punto que se tocaba daba origen á tal flujo de conversación jurídica, histórica, política y personal, que los comensales dejaban pasar la mañana delante de sus tazas de te, hasta que el recuerdo del trabajo pendiente los echaba, uno por uno, á los respectivos despachos.

Pasajes diseminados en estas cartas prueban que los sentimientos de Macaulay durante su larga ausencia del país natal eran á veces casi tan agudos como los que atormentaron á Cicerón, cuando se vió obligado á trocar los triunfos del foro y las gratas cenas con sus cofrades augures por su odioso lugar de destierro de Tesalónica ó por su residencia de gobierno, no mucho menos odiada, en Tarso. Con todo, las quejas del estadista inglés no llegan á la quincuagésima parte de aquellas oleadas de elocuencia lacrimosa con que el filósofo romano se lamentaba de una expatriación que apenas se prolongó la tercera parte de tiempo. «No tengo palabras — escribe Macaulay, rebajando excesivamente la riqueza de su vocabulario — para decir á usted lo que suspiro por Inglaterra ó lo amargo que el destierro ha sido para mí, aunque creo haberle soportado bien. Parece como si ya no tuviese más deseo que volver á ver mi patria y morir. Aseguro á usted que no es pequeña cosa el destierro. No

lo puede apreciar el que no lo experimente. Una completa revolución en todos los hábitos de vida; la separación de casi todos los antiguos amigos y conocidos; quince mil millas de mar entre el desterrado y cuanto le interesa; todo esto, al menos para mí, es una verdadera prueba. No hay ambición de riqueza ó de poder capaces de inducirme á sufrirla de nuevo. Pero muchas personas no piensan como yo. Los empleados de la Compañía rara vez tienen tales sentimientos; y es natural que no los tengan, porque vienen muy mozos y cuando apenas conocen el mundo. El momento de la emigración es para ellos también el momento de la emancipación; y los placeres de la libertad y de la holgura de recursos los resarcen en gran manera de la pérdida de su patria. En pocos años se han orientalizado; y cuando llegan á mi edad, generalmente prefieren la India, como residencia, á Inglaterra. Pero la cosa varía mucho cuando se transplanta un hombre á los treinta y tres años.»

Poniéndose, como siempre, en lo mejor, concedía que podía haberse visto en situaciones aún más desagradables. En el pasaje siguiente de una carta escrita á su amiga Mrs. Drumond hay mucho que comprenderán de seguro todos los que son bastante viejos para recordar cuán desventajosamente se diferenciaba el Dublin de 1837 del Dublin de 1875. «Ahora parece verosímil que permanezca usted en Irlanda durante años. Yo no puedo concebir lo que la ha inducido á usted á resignarse á tal destierro. Declaro, por mi parte, que, á pesar de mi poco cariño á Calcuta, preferiría estar aquí á establecerme en el Phœnix Park. La última residencia que elegiría sería un sitio que tiene todos los inconvenientes, sin ninguno de los atractivos, de una capital; una ciudad de provincia

que arde en facciones políticas y religiosas, poblada por orangistas frenéticos y por frenéticos enemigos de la unión legislativa con Inglaterra, y agitada por la lucha entre un protestantismo tan fanático como el de Knox y un catolicismo tan fanático como el de Bonner. En este país tenemos nuestra parte en las miserias de la vida. Nos asamos durante cuatro meses del año; nos cocemos durante cuatro más, y los cuatro restantes se nos permite enfriarnos, si podemos. En este instante, el sol abrasa como un horno. La tierra, calada por mares de lluvia, despide vaho como una manta empapada de humedad. Toda la vegetación se pudre. Los insectos y los sepultureros son los únicos seres vivos que parecen disfrutar del clima. Pero aunque la atmósfera es ardorosa, el espíritu de parcialidad es tibio. Un mal epigrama en un periódico, ó un *meeting* compuesto de un sastre, un pastelero, un noticiero, dos ó tres abogados y ocho ó diez procuradores, son nuestras molestias más formidables. Tenemos nuestros agitadores minúsculos, que se parecen á O'Connell tanto como un lagarto á un caimán. Por todo lo cual, prefiero Calcuta á Dublin.»

Tenía buenas razones para estar agradecido á Calcuta, y más aún para no demostrar su gratitud prolongando su estancia allí más de cuatro veranos y otoños. «Aquel tremendo cataclismo de las grandes casas comerciales, que ocurrió hace pocos años, ha producido una revolución en el modo de vida. Arruinó á la mitad de la sociedad inglesa de Bengala, y dejó malparada á la otra mitad. Muchos de los más importantes funcionarios de aquí están llenos de deudas, y, por consiguiente, llevan ahora una vida más tranquila y modesta. Ya no se oye hablar de aquellas inmensas subscripciones, de aquellas mesas públicas, de

aquel boato y de aquellas recepciones dispendiosas, de que se hacían lenguas Heber y otros que estuvieron en Calcuta años atrás. Hablando de mí, fué una gran suerte que viniera por estos sitios cuando la general penuria había obligado á todo el mundo á reducirse á un tipo modesto de vida. Gracias á esa circunstancia (y á pesar de vivir, á mi juicio, más espléndidamente que ningún otro miembro del Consejo) he ahorrado lo bastante para asegurar la holgura de mi familia, para disponer yo de una fortuna que, aunque pequeña, será sobrada para hacerme tan independiente como si fuese el poseedor de Burleigh ó de Chatsworth (1).»

«La estación lluviosa de 1837 ha sido sumamente insana. Nuestra casa ha librado tan bien como la que más; y, sin embargo, Ana ha sido la única que ha salido libre. La nena ha andado indispuesta frecuentemente. Trevelyan ha padecido mucho, y sólo se ha defendido gracias á alguna que otra excursión en vapor hasta la desembocadura del Hugly. Yo tuve un pequeño amago de fiebre, que por fortuna no pasó de una ó dos horas, y tomé medidas tan enérgicas que no volvió á reproducirse; pero me quedé sin fuerzas y sin aliento durante cerca de dos semanas. Fué mi primera y espero que mi última experiencia de las enfermedades indias. Es una dicha para todos nosotros no tener que pasar otro año en medio de las emanaciones de

(1) Macaulay escribe á lord Mahon el último día de Diciembre de 1836: «De aquí á otro año espero salir de este país con una fortuna, que á usted le parecería irrisoria, pero que me hará tan independiente como si poseyese todo lo que lord Westminster tiene sobre la tierra y lord Durham debajo. No tengo intención de volver á tomar parte en la política; pero no puedo decir qué efecto producirá sobre mí la vista del antiguo Hall y de la Abadía.»

este pantano mortífero.» Macaulay muy juiciosamente renunció á la idea de ahorrar otras cien mil rapias antes que exponerse y exponer á los demás á una suerte como la que cupo luego á lord Canning y á Mr. James Wilson. Dió la última mano á sus varias tareas; renunció su plaza en el consejo y la presidencia de la comisión legislativa y del Comité de Instrucción pública; y, en compañía de los Trevelyans, se embarcó para Inglaterra en la primera quincena de 1838.

*A Mr. Tomás Flower Ellis.*

Calcuta, 15 de Diciembre de 1834.

Querido Ellis: Muchas gracias por su carta. Es una delicia en este país extraño ver la letra de tal amigo. Debemos tener ánimos. Confío que en poco más de cuatro años hemos de volver á vernos con un afecto acrecentado por nuestra separación. No estoy, ni debo estar descontento. Tengo salud, abundancia de recursos, consideración, grandes medios de hacer bien, funciones respetables y útiles sin ser penosas, tiempo libre para estudiar, buenos libros, un espíritu activo y sereno, afectos entrañables y una hermana queridísima. Pronto habrá un cambio en mi casa. Mi hermana va á contraer matrimonio la semana que viene. Su futuro, bastante enamorado para parecer un caballero de la Tabla Redonda, es uno de los jóvenes más distinguidos de esta Administración. Tengo la más alta idea de sus dotes. Yo me atrevería á llamarle hombre de verdadero genio. Y, lo que es más importante aún, es hombre del más puro honor, de un genio dulce y de principios firmes. Su virtud pública ha pasado por varias pruebas, y ha salido de ellas resplandeciente.

Lord Guillermo, felicitándome el otro día, me dijo que consideraba á mi futuro cuñado como el joven más capaz de nuestra Administración. Sellama Trevelyan. Es sobrino de Sir John Trevelyan, un baronet—supongo, por el nombre, que de Cornualles, porque nunca me he tomado el trabajo de preguntarlo.

Él y mi hermana vivirán conmigo durante mi estancia aquí. Tengo una casa tan grande como la de lord Dubley en Park Lane, ó, más bien, mayor; de modo que puedo alojarlos sin la menor dificultad. A mí me conviene este arreglo, porque me evita la pena de separarme de mi hermana en este país extraño; y me parece que también le agrada á Trevelyan, pues, habiendo atropellado su educación en nuestra patria, como los demás empleados de la India, tiene ahora una sed insaciable de toda clase de conocimientos, y me considera á mí poco menos que como un oráculo. La otra mañana vino á aconsejarse de mí para volver sobre el griego, que temía haber olvidado casi. Le di Homero; le pedí que leyese una página; y vi que, como la mayoría de los muchachos de alguna disposición que han pasado por la «Cartuja», estaba muy firme en esa lengua. Leyó corrientemente, y se marchó con el libro, declarando que no se daría por satisfecho hasta concluirle. Como verá usted, no es poco tropezar con un cuñado así á los 22 grados de latitud Norte y 100 de longitud oriental.

Leo mucho, particularmente griego, y creo que en todo lo esencial no soy aún mal helenista. Me parece que, con un año de trabajo asiduo, podría empeñar una buena batalla por una pensión universitaria. No leo, sin embargo, como leía en el colegio, sino como hombre de mundo. Cuando no conozco una palabra, paso por ella, si no es importante para el sentido. Si,